

**MENSAJES V**

**2001 - 2004**

## ***Indice***

<i>Introducción .....</i>	<i>3</i>
1. TRABAJO EN EQUIPO.....	7
2. CONÓCETE A TI MISMO.....	11
3. PRIORIDADES .....	17
4. MÍSTICA .....	24

## ***Introducción***

En Mensajes anteriores hemos prestado especial atención al desenvolvimiento de nuestra vida interior. En estos Mensajes vemos cómo nuestra vida interior está tan entrelazada con nuestra vida exterior que no podemos separar una de la otra. Lo que pensamos y sentimos influye –y generalmente determina– lo que hacemos y viceversa: lo que hacemos y las reacciones que generamos no sólo influyen sobre lo que sentimos, sino que también sobre nuestra noción de ser, nuestras prioridades y nuestra mística.

Sin embargo, cuando nos referimos a nuestra vida espiritual, tendemos a considerar sólo nuestros estados interiores y nuestras prácticas de introspección, y ponemos en otro escenario lo que nos ocurre en nuestra vida diaria: sus desafíos, sus problemas, sus contrariedades.

Es así que a veces reducimos la vida espiritual a la pequeña porción que consideramos valiosa en nuestra realidad –a la que accedemos en breves momentos– para sumirnos luego en el resto de una vida que muchos de nosotros consideramos ordinaria, material y penosa.

Si integramos los momentos que dedicamos a nuestra vida espiritual a todo el tiempo de nuestra vida diaria, podemos desenvolvernos con mayor facilidad y presteza. Para ello necesitamos prestar especial atención a los aspectos exteriores de nuestra vida y trabajar sobre ellos para armonizarlos con lo que pensamos y sentimos en nuestros momentos de introspección.

Recordemos que nuestro estado de conciencia se expresa de acuerdo con los límites que ponemos a nuestro contexto y, especialmente, con la naturaleza de las relaciones que establecemos en él.

Actualmente estamos conectados con todo el mundo, pero eso no implica que nuestro mundo personal –nuestro contexto– tenga esa dimensión. Por extensos que sean los límites con que imaginamos al

mundo, los límites del mundo en que vivimos habitualmente pueden ser muy reducidos.

Si tendiéramos a mirarnos sólo a nosotros mismos, quizá nuestro contexto no sería mayor que nuestro cuerpo, nuestros intereses inmediatos, nuestros placeres, nuestros dolores. Si somos más amplios, nuestros intereses y nuestros objetivos también se extienden. Pero también pueden extenderse no porque seamos amplios, sino por ambición y ansia de poder. Podemos aprovechar la notable facilidad de comunicarnos dondequiera que estemos para aumentar desmedidamente nuestros bienes, para aprovecharnos de otros o para trabarnos en luchas de conquista y dominio.

Lo cierto es que la visión del mundo que ahora tenemos nos abre la puerta hacia una conciencia universal; pero esta es sólo una posibilidad potencial. El desafío de ese potencial se centra principalmente en nuestra capacidad para reconocer la naturaleza de las relaciones que establecemos en el contexto en el que estamos y mejorar su calidad hasta que esas relaciones no sólo sean armónicas, sino que esa armonía sea espontánea en nosotros.

¿Cómo podemos responder positivamente a ese desafío?

Comencemos por reconocer los límites de nuestro contexto particular; este contexto es, a nuestro entender, la base sobre la que podemos trabajar en nuestro desenvolvimiento.

Por pequeño que sea nuestro contexto –nuestra familia, nuestro grupo, nuestra colectividad– descubramos con honestidad la calidad de nuestra relación con las personas que lo componen, y también con su entorno.

Para evaluar la calidad de nuestras relaciones imaginemos a nuestro contexto como un organismo, y recordemos que la salud de un organismo depende del grado de armonía en que sus partes cumplen sus funciones. Podríamos imaginar esa armonía como un trabajo de equipo en función de un objetivo común. En el caso del cuerpo humano, podemos imaginar que el objetivo es la salud del cuerpo; en

el caso del cuerpo de la humanidad el objetivo sería su desenvolvimiento integral, tanto respecto de su conciencia como de su conocimiento. Trabajemos, entonces, para lograr esa armonía trabajando en equipo en pos de este objetivo.

Trabajar en equipo nos mantiene conscientes de que, desde el punto de vista de la humanidad, el desenvolvimiento espiritual es el desarrollo de todo el conjunto. Cada uno de nosotros es responsable de la armonía de su contexto para que ese desenvolvimiento ocurra. En la medida en que comprendemos esto, nuestros momentos espirituales trascienden los de recogimiento, oración o reflexión y abarcan hasta los pequeños detalles de nuestras relaciones cotidianas. Cuando esto ocurre se nos abren los límites de nuestro contexto y se expande espiritualmente nuestro estado de conciencia.

Comprendemos entonces lo ficticio de hablar de vida material y vida espiritual. La vida no se divide; sólo nosotros la dividimos por la manera en que actuamos y nos relacionamos. A nosotros nos cabe unirla con nuestro trabajo para mantener armónicas las relaciones que implican vivir espiritualmente.

El trabajo en equipo en todas las áreas de nuestras relaciones influye sobre la idea que tenemos de nosotros mismos. Cada vez que expandimos un poco nuestro estado de conciencia también se expande nuestra noción de ser. La noción de ser independiente y aislada del entorno que podemos tener en la niñez tiende a la de ser interconectado y participante con todo lo que existe. Tener presente este proceso nos ayuda a dejar, una a una, las ideas hechas que vamos teniendo sobre nosotros mismos, como quien descascara una pieza para llegar a su centro.

De la misma manera, el desenvolvimiento de nuestra noción de ser influye sobre nuestras prioridades. Para la noción de ser que puede tener un niño, la prioridad puede ser obtener un juguete; para la de un adulto, seguramente será un bien más permanente.

Para mantener activo nuestro proceso de desenvolvimiento es bueno que no sólo nos digamos que buscamos un bien trascendente sino que sostengamos en nuestra mente ese objetivo como prioridad fundamental, porque de esa manera adquieren sentido todos los demás objetivos circunstanciales de nuestra vida y toda ella es espiritual.

Es así como realizamos nuestra mística.

Desde este punto de vista podemos decir que vivimos una mística cuando espiritualizamos toda nuestra vida, cuando cada uno de sus instantes está iluminado y orientado por nuestra prioridad fundamental: la realización de nuestra vocación espiritual.

# 1. Trabajo en Equipo

Prestemos atención a nuestro método para mantener bien orientada nuestra labor espiritual.

El método de Cafh responde al hecho de que nuestra vida interior es inseparable de la exterior y de que nos desenvolvemos en relación.

El método organiza la reunión de almas de Cafh en grupos, y estos en Tablas.

El propósito y la labor de los grupos de Cafh es lograr entre sus miembros la relación que deseamos para toda la humanidad. Y lograrla ahora. Este propósito en común hace de los grupos equipos de trabajo.

Los miembros de los grupos de Cafh nos re-unimos; re-hacemos nuestros vínculos sobre la base de una conciencia de participación.

El propósito y la labor de la Tabla es nutrir y sostener el desenvolvimiento espiritual de sus miembros, proporcionando a cada grupo y a cada miembro de cada grupo el ámbito adecuado para lograr ese fin. Esa labor hace de la Tabla también un equipo de trabajo.

Todos los seres estamos unidos, aunque no siempre somos conscientes de esta unión. El trabajo en equipo despierta, mantiene y acrecienta esa conciencia.

Cada uno de nosotros tiene antecedentes, historia, etnia, creencias y características diferentes. Para que esas diferencias no nos separen hacemos un trabajo de equipo cuyo propósito es desenvolvernos, comprendernos y amarnos los unos a los otros.

El desenvolvimiento individual y el del grupo son interdependientes. El trabajo individual interior se equilibra y armoniza con el trabajo en el grupo. Cada uno de nosotros trabaja sobre sí mismo y, al mismo tiempo, trabaja como parte del grupo. El grupo trabaja sobre

el grupo mismo como ente responsable de sus integrantes, y lo hace sobre el propósito común.

El grupo es el campo necesario para aplicar y evaluar la labor interior que efectuamos sobre nosotros mismos. Nuestra participación en el grupo nos permite verificar si la impresión subjetiva que tenemos de nuestra vida espiritual en los momentos de introspección se corresponde con nuestra manera de actuar.

La labor interior está sujeta a evaluaciones subjetivas, en las que somos juez y parte al mismo tiempo. La relación en el grupo, en cambio, nos permite evaluar nuestra labor interior con mayor objetividad. ¿Qué sentido tendría la labor espiritual si no reportara un avance en nuestra relación con el grupo y con cada uno de sus integrantes?

El afecto entre los miembros del grupo es el resultado de la actitud de aceptación y respeto de cada uno hacia los demás, y de las acciones individuales consecuentes con esa actitud.

Generamos amor aceptando las diferencias, sintiendo lo que el otro siente, compartiendo alegrías y dolores, apoyándonos mutuamente, trabajando juntos y buscando crecer en comprensión de unos a otros y participación de unos con otros.

¿Cómo mejorar las respuestas que damos cuando nos encontramos ante una situación conflictiva con alguien del grupo o con el grupo mismo?

El trabajo en equipo se basa sobre una actitud abierta y libre de prevenciones y autojustificaciones defensivas para recibir retroalimentación y en un compromiso firme que nos sostenga cuando haya dificultades.

Cada uno de nosotros es parte integral del grupo. El error y el triunfo de cualquiera del grupo son el error y el triunfo de todos sus integrantes.



Nuestro amor a todos los miembros del grupo es la vía por la que corre la fuerza que cohesiona y da vida al grupo. Cada uno de nosotros es responsable del grupo y todos somos responsables de cada miembro del grupo. Por ello es necesario que escuchemos, validemos y perseveremos en el trabajo en equipo.

El trabajo en equipo sobre el grupo mismo implica el desafío de superar los mismos antagonismos y desencuentros que existen entre los individuos en la sociedad. Es así que el grupo tiene que habérselas con los mismos impulsos competitivos, agresivos y personalistas que cada uno de nosotros trae consigo de su historia y de su medio.

Las reacciones comunes ante un conflicto son, o imponernos sobre quien creemos produce el conflicto para anularlo e invalidarlo, o separarnos del grupo pretendiendo restarle validez.

Imponernos a otros o anularlos quizá nos hace sentir bien y triunfadores, pero des-integra al grupo. Si nos dejáramos llevar por ese impulso estaríamos destruyendo el bien que pretendemos estar construyendo.

Separarnos del grupo cuando en él aparece un conflicto es una huida; es escapar de una realidad que no tenemos el deseo o la capacidad de asimilar y superar, pero que seguirá existiendo, mostrándonos el paso que nos negamos a dar.

Para mejorar estas respuestas es necesario que veamos que cada conflicto es un desafío, una dificultad que necesitamos superar si queremos seguir desarrollándonos como grupo y también como individuos.

Recordemos algunos de los medios que tenemos para superar conflictos:

- Autoanálisis
- Observación objetiva del grupo
- Diálogo
- Estrategias constructivas consensuadas

Ser parte integral de un grupo implica un compromiso implícito con el fin común, el cual tenemos que hacer explícito desarrollando nuestra capacidad para aceptar las características particulares de nuestros compañeros y la fortaleza interior para ver lo que tenemos que trabajar en nosotros mismos para armonizar con el grupo.

Si queremos desarrollarnos tenemos que esforzarnos y enfrentar con decisión cada una de las situaciones que se nos presentan, especialmente las dificultades de relación que requieren que nosotros mismos reconozcamos nuestras limitaciones.

Trabajar en equipo es, en la práctica, aprender a vivir en armonía. Quizá ese sea el objetivo de nuestra existencia en este mundo. El progreso material puede hacernos la vida más larga y más cómoda. Pero es evidente que esa no podría ser la razón de los trabajos de la vida. En cambio, podemos aprender a vivir en armonía en cualquier condición material en que estemos. Para ello necesitamos reconocer primero que compartimos la vida con todos los seres humanos y que, en consecuencia, necesitamos aprender a vivir como partes inseparables del gran cuerpo de la humanidad.

Trabajemos nosotros, Hijos e Hijas de Cafh, para la salud de la humanidad y la felicidad que todos podremos alcanzar. Empecemos, entonces, por aprender a vivir armónicamente en nuestro grupo espiritual, en nuestra familia, en nuestra sociedad.

La unión mística será la consecuencia.

## 2. Conócete a Ti Mismo

El recordado aforismo “Conócete a ti mismo” propone la sabiduría como objetivo y señala el proceso que nos lleva a lograrla; también señala el punto del cual partimos para iniciar ese proceso: conocernos a nosotros mismos, aquí y ahora.

Haciendo un paralelo, podemos decir que trabajar sobre la expansión de nuestro estado de conciencia –y, por ende, profundizar nuestra mística– supone reconocer no sólo el ideal que nos mueve y el proceso que necesitamos transitar para realizarlo, sino también *reconocer el punto de partida obligado: el estado de conciencia en el que operamos ahora*. Este reconocimiento es la base sobre la que podemos asentar con firmeza nuestra labor de desenvolvimiento.

A pesar de que creemos conocernos, de la confianza que tenemos en que lo que sentimos es la realidad y de la certeza que asignamos a nuestras interpretaciones, estos juicios subjetivos no son suficientes para conocer nuestro estado de conciencia. Nuestra limitación perceptiva, unida a nuestra propensión a negar lo que no queremos reconocer y a justificarnos ante lo que no queremos aceptar, pone en tela de juicio nuestras apreciaciones subjetivas acerca de cómo somos, de lo que nos ocurre y de lo que ocurre en general.

Nuestro estado de conciencia, en general, no es evidente a nuestros ojos.

¿Qué hacer?

Observemos el estado del mundo de hoy.

El mundo no está fuera de nosotros; el mundo somos nosotros. No tenemos fundamentos para pensar que nuestra relación con Dios pueda ser mejor que la que tenemos entre nosotros. La mística que podemos experimentar no puede ser de una naturaleza diferente de la relación que tenemos con la humanidad de la cual somos parte. Lo que observamos afuera como discriminación, injusticia, privilegio, revela lo que tenemos dentro. No hay un “afuera” en la vida, un

“otro”; todo está integrado, por más que nuestra percepción engañosa y nuestros mecanismos de defensa nos digan algo diferente. Observando al mundo a nuestro alrededor tendremos la evidencia del estado de conciencia en el que estamos viviendo los seres humanos y, por tanto, cada uno de nosotros.

Pero observar al mundo no basta; es muy fácil escapar y decir “yo no soy así”. Reconozcamos que nosotros participamos de este estado de conciencia general, sea cual fuere lo que pensemos acerca de nosotros mismos y de nuestra mística.

Para salir del círculo vicioso del autoengaño y poder reconocer nuestro estado de conciencia actual tenemos que, además, apoyarnos en evidencias de nuestra propia vida.

¿Cuáles pueden ser esas evidencias?

Tengamos presente que vivir es interactuar, y que todo lo que hacemos afecta tanto a nosotros como a quienes nos rodean, a nuestra sociedad y al mundo en el cual vivimos. Estos efectos se expresan en nuevas interacciones, y así sucesivamente. Llamamos relación a esta sucesión de interacciones, y estas son hechos. Las evidencias con las que podemos contar, entonces, las provee la relación que tenemos con la vida, expresada en los hechos cotidianos.

¿Cómo evaluar esas evidencias? Para no quedarnos en una apreciación abstracta de los hechos, atendamos a los efectos que producimos con nuestras acciones.

Observemos, analicemos y evaluemos con ecuanimidad las reacciones que producimos a nuestro alrededor y conoceremos en qué estadio nos encontramos en el proceso de nuestro desenvolvimiento: cuál es nuestro estado de conciencia actual.

Para conocer nuestra conducta, ampliemos la perspectiva y observemos los dos componentes que nos informan sobre ella: lo que creemos que decimos o efectuamos y lo que el entorno percibe que decimos y hacemos. Y validemos la respuesta del entorno. Luego comparemos esas dos perspectivas y contrastémoslas; a partir de

allí saquemos nuestras conclusiones. Cuando golpeamos un vidrio, no es nuestra mano sino el vidrio el que nos muestra si el golpe fue suave o tan fuerte que provocó su rotura; si nos herimos al quebrarlo, no tiene sentido que responsabilicemos al vidrio; fuimos nosotros quienes dimos el golpe.

Observemos, además, las respuestas del entorno a diferentes tipos de conductas. Cuando creemos saberlo todo y opinamos sobre lo que fuere, cuando no reparamos en medios para conseguir lo que queremos, cuando medimos a otros con patrones más severos de los que aplicamos a nuestra conducta, cuando buscamos privilegios invocando derechos que negamos a otros, cuando reclamamos justicia inculcando a otros sin fundamento, cuando validamos solamente a los que piensan como nosotros y hacemos grupos aparte con ellos, recibimos respuestas muy diferentes de nuestro entorno que cuando nos ubicamos como uno más entre todos con una actitud abierta para aprender, cuando somos conscientes de lo que producimos en nuestro entorno y, sobre todo, cuando además actuamos en consecuencia con esa conciencia.

Observemos lo que nos dice la forma en que vivimos.

¿En qué medida proveemos a nuestras necesidades, tanto materiales como emocionales, y las de quienes dependen de nosotros? ¿Asumimos nuestras penas y problemas, o los descargamos sobre otros? ¿Escapamos de nuestros conflictos o nos hacemos vulnerables, nos abrimos a la comunicación y asumimos nuestra responsabilidad por ellos? ¿Cuán constructiva es nuestra intervención en los grupos que integramos? ¿Damos apoyo?

Observemos la influencia que ejercemos sobre el ambiente que nos rodea y la calidad de los lazos de familia, de amistad y de trabajo que generamos. ¿Estimulamos o deprimimos? ¿Generamos temor, ansiedad, pesadumbre, o alegría y compañerismo? ¿Aceptamos retroalimentación y generamos armonía, o nos autoalimentamos con nuestras propias justificaciones? ¿Limitamos nuestras relaciones al pequeño círculo que nos da aprobación incondicional?

Observemos la actitud con la que nos relacionamos y las conclusiones a las que nos lleva.

Si en la vida corriente somos agresivos y competitivos, interpretamos la interacción en términos de ganancia o pérdida. La vida es un campo de lucha en el que, para no perder, tenemos que ganar a toda costa.

Si en la vida corriente tendemos a ser pasivos creemos que la vida nos debe bienes y felicidad e interpretamos lo que nos ocurre en términos de suerte o desgracia. Puede ser que aun achaquemos a otros la culpa de lo que nos pasa y bajo esta perspectiva expliquemos nuestros problemas y las reacciones negativas que producimos en los demás.

Si en la vida corriente tenemos una actitud de colaboración, de empeño en dar lo mejor en aras del bien común –sin ser invasores y respetando los espacios de cada uno– estimulamos una respuesta similar de nuestro entorno. La capacidad de mediación, de generar bienes y bienestar, y aun la capacidad de liderazgo, nacen generalmente de actitudes generosas y proactivas.

Evidentemente, nuestras actitudes muestran en qué grado estamos integrados y en qué grado nuestro estado de conciencia abarca nuestro entorno.

¿Cómo sentimos nuestra relación con Dios –nuestra mística– cuando vivimos centrados en nuestra problemática personal? Lo más probable es que, introspectivamente, nos coloquemos junto a Dios mirando a un mundo ajeno a los dos. Esa relación con Dios implica la negación de nuestra realidad y, especialmente, de nuestra responsabilidad por esa realidad.

¿Qué ocurre en nuestra relación con Dios –nuestra mística– cuando nos abocamos a abrirnos al entorno y reconocer nuestro estado de conciencia? Comenzamos a tomar en serio nuestra labor espiritual sobre nuestras relaciones, aquí y ahora.

El único punto de partida posible con el que contamos para dirigirnos hacia la unión con Dios es lo que somos hoy. Nuestra relación con Dios también se nutre de lo que somos hoy y se expresa en nuestro diálogo con la vida cotidiana.

Si partimos de la base que las respuestas que nos da la vida en nuestro diálogo con ella son los efectos que producen nuestras interacciones en su contexto, ¿por qué no aplicar a esta relación las normas que hacen fructífero el diálogo?

Observemos, escuchemos, validemos y *asimilemos* las respuestas que generamos en nuestra relación con los demás.

Escuchar y validar no basta para que seamos plenamente conscientes del mensaje que nos da el medio; necesitamos asimilar ese mensaje. Una cosa es tener noticia de algo y otra muy diferente es incorporar esa información a nuestra comprensión. Nuestro estado de conciencia recién se expande cuando, además de recibir información, asimilamos lo que nos dice esa información y la traducimos en conducta consecuente. Al asimilar las respuestas que nos da el entorno, ellas se incorporan orgánicamente a nuestra comprensión y, consecuentemente, influyen sobre nuestra forma de actuar.

Esto no lo entendemos como que tenemos que ser débiles o pusilánimes, o que otros nos han de dirigir. Al contrario, cuando asimilamos el mensaje que nos da nuestro entorno, tenemos suficiente conocimiento y dominio sobre nosotros mismos como para no actuar por reacción, para tomar con firmeza las riendas de nuestra vida y asumir responsabilidad por nuestra conducta.

Arraiguemos, entonces, nuestra mística en la vida diaria. Participo de manera efectiva asimilando las respuestas de la vida a nuestro actuar, comenzando por las que nos da nuestro entorno inmediato. Una vez que logremos ese núcleo de participación, habrá una onda de conciencia que podrá expandirse. De esta manera rescataremos del mundo de los sueños la idea de alcanzar un estado de conciencia más amplio e inclusivo.

Para que la semilla haga raíz tenemos que plantarla. Plantemos nuestra mística en la realidad cotidiana, para que asimile los nutrientes de nuestra relación con la vida. La vida corriente, la de todos los días –la vida que conocemos–, es el único medio concreto con el cual contamos para desarrollar nuestro estado de conciencia y, por ende, nuestra mística, participar con la humanidad y unirnos a Dios. Es por esto que decimos que no hay una vida espiritual separada; hay solamente Vida.



### **3. Prioridades**

La situación del mundo de hoy nos crea dificultades. El manejo de nuestros problemas inmediatos nos exige grandes esfuerzos, el sufrimiento de muchos seres humanos nos aflige y la incertidumbre de lo que pueda ocurrir en el futuro nos llena de zozobra. Sin que nos demos cuenta, la presión de estos sentimientos y el apremio con que vivimos van conformando el patrón de nuestras prioridades.

La gran influencia que hoy tiene el patrón de nuestras prioridades sobre nuestra conducta perpetúa los problemas que sufrimos.

Se nos hace indispensable reordenar nuestras prioridades. Esta posibilidad de reordenamiento nos asegura que podremos superar esos conflictos.

¿Cómo hacer para lograr este reordenamiento?

Reconozcamos primero el aspecto positivo de nuestra situación.

Si nos damos cuenta de que hay conflictos es porque hemos desarrollado suficiente conciencia como para poder identificarlos. Además, tenemos posibilidades de superar esta situación porque se trata de conflictos cuya solución, en la mayoría de los casos, depende de nosotros, los seres humanos.

Asumamos, entonces, la responsabilidad de lo que nos ocurre. Discernamos el rumbo que nos trajo al punto en el que estamos y trabajemos para sobreponernos a los problemas que hoy nos afligen, tanto a nosotros individualmente como a toda la sociedad.

Para comprender dónde estamos, empecemos por preguntarnos qué actitudes y conductas nos condujeron a esta situación.

¿Qué vemos? Por un lado, proclamamos altos valores: responsabilidad, solidaridad, amor. Por el otro, con frecuencia ignoramos esos valores. Nuestra relación con quienes amamos no siempre es amistosa, y la que tenemos con quienes consideramos extraños o culpa-

bles de nuestro sufrimiento es evidentemente antagónica, cuando no francamente agresiva. Los que ayer decíamos amar son, muchas veces, los extraños de hoy. Vivimos expuestos a múltiples ejemplos de conducta individual, colectiva e institucional que avalan estos juicios.

Desde el punto de vista espiritual ¿qué podríamos esperar de nuestra mística si continuáramos dentro de estas contraposiciones y actitudes conflictivas? ¿Serían nuestras prácticas espirituales una mística?

La mística, tal como la describe nuestra enseñanza, presupone coherencia entre valores y conducta, claridad y congruencia entre objetivos.

El camino que transitemos de ahora en adelante dependerá mucho más de las prioridades que elijamos y de lo que hagamos respecto de ellas que de lo que profesemos creer y de los valores que digamos sostener. No es con posturas que vamos a resolver los conflictos sino con conducta recta, orientada por objetivos que emanan de nuestra vocación de desenvolvimiento y de participación con todos los seres humanos.

Observemos, entonces, nuestras palabras, nuestras acciones, nuestras conquistas. Busquemos el hilo que enhebra tanto nuestros éxitos y conflictos personales, nuestros valores y objetivos, como los problemas sociales y mundiales que hoy sufrimos. Esa búsqueda nos lleva a preguntarnos qué es lo que realmente nos importa, lo que más queremos; en síntesis: *cuál es nuestra prioridad*.

Detrás de lo que hacemos, y conduciendo nuestro hacer, están nuestras prioridades. De ellas derivan nuestros propósitos y, de estos, nuestras realizaciones. Esa es la motivación básica que marcó el rumbo promisorio que hemos seguido hasta ahora y el que abriremos de ahora en adelante.

¿Cómo podemos asegurarnos de que mantenemos claro el rumbo del desenvolvimiento que decimos haber elegido? Aprendiendo a

evaluar nuestro rumbo, especialmente a través del tipo de prioridades que nos mueven a actuar.

Llamamos prioridades a los objetivos que, para nosotros, preceden en tiempo o en valor a otros que podamos tener.

¿Cómo generamos las prioridades que conforman nuestros propósitos y orientan nuestro desenvolvimiento?

Desde que nacemos absorbemos de nuestro medio los objetivos que dirigen nuestras acciones. Al mismo tiempo, generamos nuestros propios objetivos de acuerdo con las tendencias que prevalecen en nosotros. De esta manera nuestra vida toma un rumbo que no necesariamente es el que queremos que tome y, lo que es más, muchas veces no satisface nuestra necesidad de sentido.

La vida no expresa por sí misma su sentido en la acepción que nos importa: su razón de ser. Nos cabe a nosotros dar razón a nuestra existencia.

Sea cual fuere el sentido que damos teóricamente a nuestra vida, lo cierto es que las prioridades que mantenemos vigentes a lo largo del tiempo dan el sentido real que prevalece en todo lo que hacemos o pretendemos lograr. También determinan el objetivo hacia el cual nos dirigimos. En consecuencia, revelan el sentido real y concreto que damos a nuestra vida.

En nuestras prioridades podemos distinguir las primarias, que básicamente son espontáneas, y las elegidas, que se fundan especialmente en el discernimiento y la voluntad.

Las prioridades primarias derivan del instinto de conservación de nuestra especie.

El impulso ciego por pervivir genera nuestras reacciones automáticas de defensa y ataque, de competencia y lucha por prevalecer; genera también nuestra manera de desafiar a la incertidumbre y a la muerte procurando riqueza, o poder, o ambos.

Pero el impulso por prevalecer no siempre se compadece con el propósito de colaborar; el de ganar a cualquier costo no se compadece con el de participar; el de autocomplacernos con el de abnegarnos por el bien de los demás.

Sin embargo, nos resulta difícil distinguir los impulsos que nos mueven. La misma capacidad de razonar que nos permite discernir, se vuelve en nuestra contra cuando la usamos para argumentar de acuerdo con deseos que responden a impulsos primarios orientados en sentido opuesto al de la expansión de nuestra conciencia.

Las prioridades elegidas derivan de la conciencia de ser que hemos desarrollado y de la voluntad que nos permite aplicarlas. Según sea el grado de ese desarrollo y el grado de voluntad es el tipo de prioridades que realmente elegimos. Cuanto más amplia es nuestra conciencia, más prioritaria se nos hace la necesidad de seguir desarrollándola. Cuanto más fuerte nuestra voluntad, más probable es que podamos mantener vigente esa prioridad.

La labor de desenvolvimiento consiste básicamente en desglosar y encauzar los impulsos generados por las prioridades primarias para dar lugar al desarrollo de la conciencia y, con esta, al de la voluntad que nos permite hacer efectivo nuestro albedrío. Damos los primeros pasos en esa labor cuando elegimos un objetivo que trasciende la mera pervivencia y reordenamos nuestras prioridades de acuerdo con ese objetivo.

Pero hace falta algo más que elegir un objetivo y reordenar teóricamente las prioridades para que nuestra vida se dirija hacia ese objetivo. No podemos borrar de nuestro inconsciente la impronta de la especie. Las prioridades primarias generan impulsos que permanecen a la par de nuestro intento de encontrar valores trascendentes, y en muchos casos se contraponen a nuestro esfuerzo para desenvolvernos. Como en cualquier miembro de nuestra especie, se mantiene en nosotros una fuerza que nos impulsa a prevalecer y a evitar el sufrimiento personal. No elegimos ese impulso, es intrínseco a nuestra naturaleza. Pero si le damos rienda suelta, si no lo dis-

cernimos y orientamos, difícilmente avanzaremos mucho más allá de la conciencia natural de la especie.

Preguntémonos con sinceridad en qué medida damos un sentido positivo a nuestras prioridades primarias y en qué medida ellas nos controlan a nosotros. Es importante que lo determinemos, ya que el dominio que tengamos sobre los impulsos que ellas generan y la orientación que demos a esa energía también establece la índole de nuestras relaciones, ya sea con personas, recursos, posibilidades o con valores éticos y espirituales.

En síntesis, nuestra prioridad fundamental y la voluntad que aplicamos para cumplirla determinan la calidad y el sentido real que damos a nuestra vida.

No confundamos, entonces, discurso con realidad. A fuerza de decir y decirnos lo elevado del ideal que nos mueve podemos llegar a desconocer la brecha entre nuestras prioridades ideales y las reales que aplicamos a diario. Por eso, además de prestar atención a los anhelos que decimos tener, fijémonos en nuestra voluntad de hacer de ese ideal nuestra prioridad, no sólo en un orden teórico o abstracto sino también en el orden vital de nuestros pensamientos y acciones. Y tomemos con decisión el mando de nuestro proceso de desenvolvimiento.

Pongamos a un lado nuestro discurso. No solamente el que tenemos para los demás sino también el que presentamos ante nosotros mismos. Revisemos cuáles son nuestras prioridades reales y actuales, reconozcamos hacia dónde estamos yendo y reordenemos nuestras prioridades en lo que sea necesario reordenar.

Para ayudarnos no necesitamos métodos sofisticados, sino sencillez y honestidad en nuestras evaluaciones.

Al despertar por la mañana y considerar el día que tenemos por delante, descorramos la cortina de compromisos que tenemos que cumplir y miremos qué hay detrás de ellos. Pongamos en claro para nosotros mismos qué buscamos tras las contingencias que vamos a

enfrentar, cuál es nuestro objetivo primordial detrás de nuestras preocupaciones y ocupaciones. Hagamos de esto el contenido de nuestras meditaciones.

Durante el día, preguntémonos a qué prioridades estamos respondiendo. ¿Buscamos complacencia? ¿Nos compadecemos de nosotros mismos? ¿Luchamos para imponernos? Especialmente, hagámonos esas preguntas cuando tomamos decisiones, cuando nos involucramos en discusiones o altercados, cuando tenemos que decidir si honramos o no compromisos. Y seamos honestos en la respuesta. No temamos desvelar el personalismo de nuestra agenda, si atisbamos que es personalista. Observemos nuestras prioridades para ajustar nuestro rumbo y asegurarnos de que nuestra vida mantiene un sentido trascendente.

Antes de descansar a la noche, revisemos lo que hemos hecho, meditemos sobre la prioridad que motivó nuestras decisiones y respuestas a las demandas del día, y cotejemos esa prioridad con el ideal que profesamos tener.

Recordemos todos los días que lo que buscamos habitualmente revela nuestra prioridad fundamental y que hacia ella nos dirigimos, que ese es el verdadero sentido que damos a nuestra vida.

Por supuesto que estas reflexiones no alcanzan para que logremos lo que nos proponemos; pero eso no ha de desanimarnos. Al contrario, nuestra capacidad creciente de reconocer nuestros mecanismos de defensa, nuestras reacciones, revela que estamos adelantando. Es natural que se mantenga una distancia entre el punto donde estamos y el horizonte que nos mueve a expandir nuestra conciencia. Nuestra plenitud actual se nutre de la certidumbre de que estamos haciendo todo de nuestra parte para expandir nuestra conciencia sin engañarnos, por más trabajoso que nos resulte acomodar nuestra conducta a las prioridades elegidas.

Si la prioridad de todos fuera el bien común, sería fácil lograr una convivencia que nos estimule a mantenernos conscientes del gran

cuadro de la vida y que ponga de relieve el objetivo trascendente que da sentido a la vida humana. También sería fácil acabar con el hambre, la guerra, la violencia y la mediocridad.

Para que alguna vez el bien común sea prioridad de todos comencemos por hacer esa nuestra prioridad y actuemos en ese sentido con decisión y voluntad fuerte. Esto hará que también nuestra mística se enraíce en la realidad y, sobre esta base, abramos camino hacia la unión divina. Cuando nuestra mística se hace realidad, nuestras meditaciones se tornan vitales y se aviva nuestro amor a profundizar cada vez más en lo que ya creemos saber. Cuando nuestra mística cobra realidad nos muestra que está a nuestro alcance encontrar y aplicar soluciones a nuestros problemas y a los de la humanidad.

Discernamos las prioridades que marcan el camino que estamos abriendo en nuestra conciencia; reordenémoslas de acuerdo con la claridad interior que paso a paso conquistamos y concentremos nuestra voluntad en mantener el sentido que nos marca nuestra necesidad fundamental de desarrollarnos. Este desenvolvimiento hoy nos insta a unirnos a todos los seres humanos. Llegamos al umbral de lo divino a través del ámbito humano.

Mantener vigente nuestra prioridad fundamental y una voluntad consecuente con ella es prenda segura de que damos a nuestra vida un sentido trascendente y de que haremos realidad la posibilidad de amar y de vivir en paz y armonía con todos los seres humanos. Este logro nos abrirá el sendero hacia la unión divina.

## 4. Mística

En su acepción tradicional, mística significa la experiencia de unión con Dios. Desde este punto de vista, la mística representa el objetivo de lo que acostumbramos llamar vida espiritual.

En un contexto más amplio, el concepto de mística incluye el curso que nos lleva hacia la unión con Dios; de allí que asociemos la vida espiritual con un camino místico. Partiendo de este enfoque distinguimos en la mística dos aspectos principales: las experiencias místicas y el proceso místico.

La percepción temporaria –generalmente breve– de un ámbito de conciencia mayor que el habitual en nosotros, es lo que damos en llamar experiencia mística.

Si bien en un sentido estricto experiencia mística es unión con lo divino, en la práctica las experiencias místicas cubren una amplia gama de vivencias, desde momentos de exaltación emotiva a experiencias profundas de contemplación. Como estas últimas requieren una ejercitación intensa y prolongada en un régimen de prácticas ascéticas adecuadas a ese propósito, régimen que pocos podemos o queremos seguir, lo corriente es que nos conformemos con asociar nuestra mística con las emociones que nos producen algunas prédicas, lecturas, imágenes, cánticos o ceremonias relacionadas con temas que consideramos espirituales. Esos momentos emotivos estimulan nuestra devoción y reverencia a lo divino; sin embargo, cuidamos de no transformarlos en el objetivo último de nuestra mística, de no confundir estímulo con objetivo.

Como esas experiencias místicas son subjetivas, cuando las consideramos como la totalidad de la mística, tendemos a contraponer la mística a los procesos cognitivos. Esta tendencia suele llevarnos al extremo de creer que lo que puede ser explicado, razonado y ponderado es ajeno a la mística.



Sin embargo, gracias a los procesos cognitivos podemos entender nuestra relación con lo que nos rodea, desarrollar empatía y abrir camino hacia ámbitos de conciencia más inclusivos. La mística no es ajena a esos procesos; al contrario, les da sentido y orientación.

La expansión progresiva de nuestro estado de conciencia, que nos une a ámbitos de existencia cada vez más amplios, se da a través de lo que llamamos proceso místico.

El proceso místico abarca todos los aspectos del potencial humano; entre ellos, las capacidades cognitivas que desarrollamos y las experiencias que vivimos son indispensables para la evolución de nuestra noción de ser y de nuestro sentido de participación.

Un proceso supone cambios de estado; en la mística, implica cambios en la noción de ser. A través de la interacción, en los primeros años de la vida desarrollamos nuestra noción de ser hasta un cierto punto. Con el tiempo, consolidamos esa noción de ser con el acompañante sentido de pertenencia. Es entonces cuando comienza a disminuir notablemente el ritmo del desarrollo de nuestra noción de ser. Para que esta situación se revierta es necesario que, además de aparecer en nuestra conciencia la necesidad de sentido, esa necesidad se haga imperativa. Cuando esto ocurre, también se hace imperativo contar con medios que nos lleven a satisfacer esa necesidad.

Desde este punto de vista, podemos considerar a la mística como un proceso ascético-místico. La ascética se refiere a los medios que propician el desarrollo del estado de conciencia; la mística se refiere al carácter de esos medios y a la forma en que expresamos en la vida lo que logramos a través de ellos.

La ascética mística de Cafh se basa en su Doctrina, y está compuesta por la Ascética de la Renuncia y la Mística del Corazón.

Llamamos Ascética de la Renuncia a la labor sistemática de concientización de los procesos mentales, los sentimientos, la conducta y las decisiones. Esta labor se basa en el sentido de participación.

Llamamos Mística del Corazón a la concepción de nuestro destino de unión con Dios, a la intención que motiva una conciencia de participación y a la actitud y conducta que la expresan. Esa intención señala el camino hacia un amor real; esa actitud y esa conducta son los pasos para recorrer ese camino.

En nuestro estado de conciencia habitual, nuestra identificación espontánea con el ámbito de interacción inmediato establece el nivel de nuestro estado de conciencia. De ese ámbito se deriva nuestra noción de ser y el lugar que nos adjudicamos en nuestra percepción del mundo. Nuestro sentido de identidad y de pertenencia se circunscribe al ámbito con el que estamos identificados, independientemente de las teorías sobre el ser y el mundo a las que podamos adherirnos.

Cuando, a través de una labor deliberada y sistemática sobre nosotros mismos y nuestras relaciones logramos que se haga habitual en nosotros un estado de conciencia más amplio que el que adquirimos en forma espontánea, podemos decir que hemos avanzado en el proceso místico. Si continuamos con la misma labor y, progresivamente, logramos más amplitud en nuestro estado de conciencia habitual, ese será un nuevo avance en el proceso místico.

Sin embargo, no nos resulta fácil producir este tipo de cambio. Aunque nos es evidente que la vida es cambio, nos cuesta aceptar los cambios que interpretamos atentando contra nuestra concepción de lo que somos y del lugar que ocupamos en el mundo. Incluso podemos tener prevenciones respecto de los cambios propios del proceso místico, ya que ellos nos llevan a reconsiderar lo que pensamos y sentimos acerca de nosotros mismos.

También son difíciles de aceptar los cambios que se refieren a nuestra identificación con nuestro entorno. Si bien una identificación determinada supone empatía con un cierto entorno, también promueve una actitud defensiva, protectora del sentido de identidad, de pertenencia y de las concepciones propias de ese entorno. Cuando

nos identificamos totalmente con un entorno, todo lo demás es, para nosotros, lo ajeno.

Para superar nuestras defensas inconscientes y promover nuestro desenvolvimiento, la Ascética de la Renuncia nos ofrece un método de vida como instrumento de desenvolvimiento.

El método de vida se desprende de la conciencia de participar con toda la humanidad. Discernimos nuestras necesidades y opciones sobre la base de la situación actual no ya sólo del grupo en el que nos incluimos sino también de la situación en que hoy está la mayoría de los seres humanos. Además, tanto nuestro compromiso de cuidar el medio ambiente como el que tenemos con generaciones venideras, forman parte de nuestra base moral y espiritual para la toma de decisiones.

Las pautas de la Mística del Corazón –intención y actitud, ligadas a la participación, el amor y la empatía– orientan nuestro método de vida. Cuanto más inclusiva –menos egoísta– es la intención, más amplia es la participación. Cuanto más abierta y receptiva es la actitud, más profundo y efectivo es el desenvolvimiento del amor y de la empatía.

El método de vida incluye ejercicios, prácticas y una guía de conducta.

Ejercicios son, por ejemplo, la oración, la meditación, la introspección.

La oración nos mantiene conscientes de nuestra pertenencia al contexto universal, estimula en nosotros el respeto hacia todos los seres humanos, la reverencia al misterio divino y a sus expresiones en la vida.

La meditación da dominio sobre la mente y nos enseña a orientar los pensamientos y sentimientos de acuerdo con el sentido que damos a nuestra vida.

La introspección desarrolla la capacidad de autoanálisis y la evaluación de nuestra conducta.

Las prácticas son, por ejemplo, retiros y reuniones periódicas.

Los retiros nos proveen un tiempo de reflexión a una cierta distancia de nuestro entorno habitual, lo que nos facilita comprender nuestra vida y su rumbo.

Las reuniones periódicas cumplen básicamente tres funciones: de aprendizaje, de práctica y de armonización relacional.

Como aprendizaje, son un ámbito en el que compartimos conceptos que amplían nuestra visión de la vida y de nosotros mismos.

Como práctica, las reuniones periódicas tienen dos aspectos: efectuar ejercicios que nos enseñan a dominar y orientar nuestros pensamientos y sentimientos, y proyectar maneras de aplicar en la vida diaria los conceptos que aprendemos.

El aspecto relacional de las reuniones se basa en que el proceso místico individual es inseparable del proceso místico de grupo. Desde este enfoque, el propósito de las reuniones periódicas es impulsar el proceso místico del grupo como grupo; su objetivo inmediato es la armonía del grupo que se reúne. La relación entre quienes forman la reunión muestra el nivel del estado de conciencia de cada uno de los participantes; el compromiso de cada uno de ellos de armonizar la relación con todos muestra también el compromiso en el propio desenvolvimiento, y el fruto que logran en la relación del grupo muestra el fruto individual que obtienen de los ejercicios ascéticos que practican. El trabajo en equipo de los grupos de Cafh tiene como finalidad el desenvolvimiento espiritual del grupo como grupo y la contribución a la sociedad de los bienes espirituales que el grupo genera.

Desde el punto de vista de participación, las reuniones periódicas son particularmente beneficiosas cuando son incluyentes. Esto es, cuando el grupo está formado con integrantes de diferentes entor-

nos y, especialmente, cuando el grupo se forma con la intención de amar, comprender, participar y aprender unos de otros.

La guía de conducta marca un sentido a nuestra conducta. Podemos ser intachables en nuestros actos de acuerdo con patrones convencionales y, sin embargo, egoístas y antagónicos en nuestras relaciones. Como práctica, la guía de conducta nos muestra dos pasos concretos e inmediatos que, si los diéramos, impulsarían con fuerza nuestro proceso místico: trabajar en equipo y armonizar nuestras relaciones no sólo en los grupos que formamos en las reuniones periódicas, sino en todos los grupos de nuestro entorno: el familiar, el laboral, el social, el espiritual.

La Ascética de la Renuncia y la Mística del Corazón nos dan las pautas de la ascética mística de Cafh; también nos dan el marco de referencia necesario para conocer nuestro proceso místico particular.

Comenzamos evaluando la fase en la que estamos.

La forma más simple y directa de evaluar dónde nos encontramos en nuestro proceso místico –cuál es nuestro estado de conciencia– es discernir la calidad de nuestras relaciones.

¿Cómo efectuar esa evaluación? Si bien nuestro estado místico es subjetivo, lo podemos evaluar objetivamente a través de cómo lo expresamos en el medio en que vivimos, incluso en las actividades a las que damos carácter espiritual, como las reuniones periódicas, los retiros, las conferencias particulares.

Las reacciones que producimos en otros nos dicen cómo ellos perciben nuestra intención, nuestra actitud, nuestra participación, nuestro amor, nuestra empatía. En otras palabras, nos dicen cómo ellos evalúan nuestra mística. No siempre esa evaluación coincide con la nuestra. Si nos atenemos a la evaluación objetiva de quienes nos rodean, contamos con un dato moderador de nuestro autoanálisis. De no hacerlo, nos mantenemos en el círculo vicioso de juzgar subjetivamente un estado también subjetivo: juez y parte al mismo tiempo.

Por ejemplo, el estado en que dejamos los lugares y los objetos que usamos muestra, tanto a nosotros como a otros, en forma medianamente objetiva, nuestro amor, participación y empatía con el ámbito en que vivimos.

Siguiendo estas simples pautas, las evaluaciones objetivas que hagamos en lo sucesivo nos mostrarán la orientación de nuestro proceso místico.

Para efectuar ese cotejo, verifiquemos primero si nuestra prioridad fundamental coincide con el fin que queremos dar a nuestra vida.

Saquemos a luz cuál es el propósito básico de nuestras motivaciones, qué nos mueve a actuar como actuamos, a decidir como decidimos; qué ocupa nuestro tiempo, nuestra mente, nuestros sentimientos: qué buscamos en realidad; así conoceremos nuestra prioridad actual fundamental.

Aquello que buscamos en los sucesivos "ahora" nos revela el sentido, subyacente en nuestras decisiones circunstanciales, que damos a la vida en general y a nuestra vida en particular. La mística que vivimos y la manera en que la entendemos depende de ese sentido; en este toman cuerpo –y sentido– la meditación diaria, el estudio de las enseñanzas, las reuniones y, en general, todos los aspectos de nuestro método de vida.

Verifiquemos también si se dan en nosotros los cambios propios del proceso místico. Si bien este proceso no es lineal, para beneficio de un análisis tratemos de imaginarlo como una línea que parte del egocentrismo cerrado y termina en la unión de la conciencia individual con la conciencia cósmica.

En el extremo del egocentrismo cerrado, lo que realmente importa es la vida de uno en particular, cómo uno se siente y qué logra para su propio beneficio. Las ideas que uno pueda tener acerca de la vida en general y de su trama de relaciones no afectan mayormente su conducta. Su noción de ser es la de un ente separado, independien-

te y libre para actuar como convenga a sus fines, y con esa noción de ser se ubica dentro del contexto humano y busca unirse a Dios.

A medida que uno avanza hacia el otro extremo de esa línea, cambia su percepción de su relación con el entorno y, con ella, la del bien que puede lograr, del carácter de su responsabilidad y de su libertad.

Así como nos es evidente que no podemos salir del cuadro de la vida, así también comprendemos que tampoco podemos extraernos del campo de la humanidad, que el bien individual incluye el bien del conjunto y viceversa, que la unión de una conciencia individual con la conciencia cósmica abre camino a la humanidad hacia esa unión.

Al desarrollar nuestra empatía y nuestro sentido de participación reducimos los márgenes que damos a nuestra latitud para decidir y actuar en forma independiente. Nuestro nivel de participación nos señala las acciones y decisiones necesarias para que el bien nuestro engarce con el bien del conjunto.

De la misma manera, nuestro sentido de responsabilidad se desarrolla desde el extremo de rechazar cualquier compromiso hacia el de reconocer que estamos comprometidos por el mero hecho de existir dentro de un conjunto. Esa conciencia nos mueve a cambiar la idea de que somos libres para hacer de nuestra vida lo que nos cuadre por la de confirmar nuestro compromiso existencial a través de acciones y decisiones coherentes con esa participación.

Este proceso místico muestra que la idea de libertad también está en proceso, que tan importante como la libertad que nos dan los derechos humanos es la forma en que usamos esos derechos ante el compromiso ineludible de vivir en relación. Al poner la libertad individual y los derechos propios en este contexto, toman primacía el autoanálisis y el autodomínio –el aspecto ascético– y el amor centrado en el bien de todos –el aspecto místico– para decidir cómo

ejercemos nuestros derechos y qué uso hacemos de nuestra libertad.

El proceso místico también nos enseña que las experiencias místicas aisladas que podamos tener expanden nuestra conciencia cuando forman parte integral de un trabajo espiritual sistemático en el marco de la vida diaria. Esa expansión se mide en cómo esas experiencias influyen en nuestra vida cotidiana. Por ejemplo, en qué medida ellas no sólo amplían nuestros puntos de vista, disuelven nuestros prejuicios y desarrollan nuestra empatía, sino cómo expresamos estos adelantos en forma concreta en nuestras relaciones. Si las experiencias místicas no ampliaran el entorno con el cual nos identificamos, no desarrollarían nuestro sentido de participación y no expresaríamos ese desarrollo en nuestra conducta, por más gratificantes que fueran esas experiencias no impulsarían nuestro desenvolvimiento. Al contrario, nos darían la ilusión de estar realizando una mística cuando, en realidad, nuestros pensamientos y sentimientos y, particularmente, nuestras actitudes y acciones, estarían mostrando lo contrario.

¿Qué papel desempeña la renuncia en el proceso místico?

De acuerdo con la Doctrina de Cafh, la mística no sólo se basa en la renuncia, sino que la presupone.

Cada paso que damos significa dejar otro atrás. Pero el temor que subyace en nosotros por la incertidumbre en que vivimos nos mueve a aferrarnos a los asideros que nos prometen seguridad. Cuando contamos con suficiente base como para creernos seguros, nos identificamos a tal punto con esta seguridad que sentimos como un despojo –una renuncia– avanzar otro paso en nuestro desenvolvimiento.

Pero si nuestro imperativo es desenvolvernos, damos sentido expansivo a nuestra renuncia; de despojo pasa a ser liberación.



Renunciamos porque vivir es renunciar; en situaciones que devienen no podemos detener el flujo de la vida ni cristalizar nuestros logros y conquistas.

Renunciamos para que las herramientas que nos da la Ascética de la Renuncia nos mantengan abiertos a aprender sobre nosotros mismos y nuestra relación con la vida y el mundo. De no renunciar reforzaríamos con esas herramientas el estado en el que ya estamos, mientras pensamos que adelantamos por el solo hecho de usarlas.

Renunciamos para liberarnos, para amar sin atar, para participar sin pedir, para desarrollar una noción de ser no constreñida a límites prefijados, para expandir nuestra conciencia hacia la unión con Dios tal como lo divino se revele en nosotros.